

Nota sobre la *Tettigades chilensis*

POR EL

R. P. Anastasio PIRION

(Profesor en el Colegio de los SS. CC., de Santiago).

En los meses de verano de 1926, un hecho que llamó de un modo especial la atención de los habitantes del valle de Marga-Marga, fué la aparición repentina de una multitud de cigarras pertenecientes a la especie *Tettigades chilensis*.

Cada año, durante los meses de Enero y Febrero, tenía oportunidad de observar sobre distintos árboles que crecen en los faldeos asoleados de los cerros, la *Tibicen crassimargo*, la única especie que conocía del valle; pero no sospechaba la existencia de los *Tettigades chilensis*, ya que desde hace 15 años jamás había visto un solo ejemplar en el valle.

Pues bien, a fines de Noviembre, ya era tan abundante el número de este homóptero que se veían por centenares en las ramas delgadas de los quillayes corpulentos que se yerguen en los faldeos y en la cumbre de los cerros. Desde temprano volaban sin cesar de un arbusto a

otro de tal manera que los trabajadores tenían que apartarlos con las manos para que no fueran a darles en la cara o en los ojos. Su canto era tan estridente y ensordecedor, especialmente en las horas de más calor, que llegaba a apagar la voz. A veces atravesaban las quebradas en un vuelo rápido y sostenido para dejarse caer en algún arbusto.



Fig. 72.--Tettigades chilensis (Orig.)

Cuando habían escogido una ramita, su trabajo consistía en una serie de cortes hechos de arriba abajo, que desgarraban las fibras leñosas y las expulsaban. La serie de los cortes era longitudinal, y a un centímetro más o menos los unos de los otros, siguiendo casi siempre una línea recta, a no ser que el tallo careciera de regularidad.

Si a veces se notaba cierta confusión en los cortes, ella provenía de que varias habían trabajado en una misma parte.

Noté constantemente que las ramitas escogidas para este fin eran verdes y delgadas ya que no pasaban de 1 cm. de diámetro para que el oviscapto llegara casi siempre hasta la médula.

Parece que no tenía preferencia especial en la elección de los árboles para efectuar sus cortes. Los más atacados fueron el quillay (*Quillaja saponaria*) el colliguay (*Colliguaya odorífera*) el mitriu (*Podanthus mitiqui*) el ciprés macrocarpa, el *Baccharis marginalis*, el Peumo (*Cryptocaria peumus*) el Litre, (*Litre caustica*) el tebo (*Trevoa trinervis*), el Retamo europeo. Los únicos que no presentaban herida alguna, eran el espino (*Acacia cavenia*) quizás por la dureza de su madera que no alcanzaba a perforar el oviscapto del insecto, y el eucalypto (*E. globulus*) que sin embargo era muy común en esa región.

A pesar de todo, los perjuicios fueron de muy poca importancia aunque algunos pequeños cipreses y ramas de quillai se secaron a consecuencia de los numerosos cortes que impedían el paso de la savia.

Cada uno de los cortes era la entrada de una cavidad que estaba perforada hasta la médula del tallo y que alcanzaba alrededor de 5 mm. En ellos se encontraban los huevos de un blanco reluciente, de forma alargada, algo cónica y colocados unos tras otros en filas apretadas; medían como 3 mm. de largo. En los numerosos cortes que abrí conté unos 10 huevos en cada cavidad; nunca más de 12.

¿Cuánto tiempo demora esta operación?

Las pocas veces que tuve la feliz oportunidad de sorprender al insecto en pleno trabajo, lo observé a lo menos durante 5 minutos para cada corte; tenía la cabeza arriba; y como se dejaba examinar muy de cerca, pude notar los rápidos movimientos de la punta del abdomen al clavar su oviscapto en los tallitos.

Cuando llegué a fines de Diciembre a Marga-Marga, las cigarras estaban para concluir los cortes y la postura de los huevos, de modo que no pude averiguar con seguridad el número de nidos que hace; pero nunca he contado más de 15 en línea recta.

Principiaron a desaparecer en forma muy rápida a mediados de Enero y antes del fin del mes no se veía volar un solo ejemplar. A la agitación bulliciosa de los días anteriores había sucedido el más completo silencio.

Sólo al pie de los arbustos donde depositaron sus huevos, el suelo, en algunas partes, estaba cubierto de cadáveres que no tardaron en ser comidos por las hormigas, los ratones y las aves. Su corta vida, en estado imago, había durado apenas 2 meses.

¿De dónde provenieron tan innumerables e insólitos visitantes? No fué difícil averiguarlo. En las faldas de los cerros muy áridos y asoleados, en lomas, formadas de terreno gredoso, se veían numerosísimos orificios, cuyas aberturas tenían alrededor de 2 cm. de diámetro; esas aberturas fueron las puertas de salida de las cigarras.

Al lado de los orificios yacían despojos larvarios que indicaban que la última metamorfosis se había efectuado

en el suelo y no sobre ramas de árboles como acontece para algunas especies europeas.

A principios de marzo antes de abandonar el valle, volví a abrir numerosos cortes y no noté modificación alguna en la disposición de los huevos.

En qué momento nacen las larvas y se dejan caer al suelo para sepultarse en sus moradas subterráneas? No lo pude averiguar.

Al año siguiente busqué en las raíces de los quillayes más próximos al suelo, pero no encontré vestigio de ellas; seguramente se hallaban en galerías de mayor profundidad.

Sin duda no es la primera vez que esta cigarra aparece en el valle; pero en sus apariciones anteriores, su número no debe haber alcanzado las proporciones de ahora, ya que los habitantes del valle no conservan de ella ningún recuerdo.

A semejanza de la Tibicen septemdecim, de los Estados Unidos, que aparece cada 17 años, nuestra cigarra debe de necesitar un período más o menos largo de años para completar las diferentes fases de su metamorfosis. ¿Cuántos años necesita? Sólo puedo decir que su aparición última ha sido anterior al año 1910. Es de esperar que algún día se descorra el velo que cubre este misterio.

A pesar de lo incompleto de estas notas, me he resuelto a publicarlas, gracias a la proverbial amabilidad del Dr. Carlos E. Porter que me ha ofrecido las páginas de su hermosa «Revista».

